

Concurso literario en español 2022 “Dale voz a la pluma”

Ministerio
de Educación
y Formación Profesional

Trabajos premiados



Concurso literario en español 2022 “Dale voz a la pluma”

Trabajos premiados



Catálogo de publicaciones del MEFP: <https://sede.educacion.gob.es/publiventa>
Catálogo general de publicaciones oficiales: <https://cpage.mpr.gob.es/>

CONCURSO LITERARIO EN ESPAÑOL 2022 "DALE VOZ A LA PLUMA"

Trabajos premiados



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y FORMACIÓN PROFESIONAL
Secretaría de Estado de Educación
Dirección General de Planificación y Gestión Educativa
Unidad de Acción Educativa Exterior

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones

Edición: julio de 2022

NIPO: 847-22-095-0 (impreso)

NIPO: 847-22-096-6 (en línea)

Imprime: Imprenta Roal, S. L.

Maquetación: Negra

Ilustración de portada: Amaia Otsa Borrás

ÍNDICE

Presentación	7
Bases del concurso	8
Modalidad ALCE: historieta o cómic	11
7-9 años	13
Primer premio: <i>El niño perdido en París</i> . Alejandro Moreau López Dicastillo	14
Segundo premio: <i>La escuela de las sirenas</i> . Clara Sanz Morin.....	15
Tercer premio: <i>El gran jugador de tenis</i> . Léo Devillard Carciente.....	16
10-12 años	17
Primer premio: <i>La pandilla y la tribu desconocida</i> . Antonio Rodríguez Trigo	18
Segundo premio: <i>El mundo de Tom</i> . Tiziano Signes Salerno.....	19
Tercer premio: <i>El Plan</i> . Edén Ugalde Bayiha.....	20
13-15 años	21
Primer premio: <i>Historia: El Covid</i> . Manon Guillermin Miguel	22
Segundo premio: <i>La tortuga</i> . Celia Estévez Noël-Souc	23
Tercer premio: <i>Una sonrisa</i> . Astrid Ripoll Granjoux	24
16-18 años	25
Primer premio: <i>Vacaciones en Barcelona</i> . Nesrine Djouambi Krika Bouaraour	26
Segundo premio: <i>¿Cómo llevar mascarilla?</i> . Mathieu Estévez Noël-Souc	27
Modalidad Centros y Secciones Internacionales Españolas: relato	29
9-11 años	31
Primer premio: <i>El castillo del espantapájaros</i> . Ekaitz Le Jan.....	32
Segundo premio: <i>El tentáculo de las profundidades</i> . Yann Ramos Loussaut	33
Tercer premio: <i>La princesa y el dragón</i> . Ángela Martínez Megías	36

12-13 años	39
Primer premio: <i>Nuestra esencia humana es el caos</i> . Sarah Balloul	40
Segundo premio: <i>El regalo del manzano</i> . Alodía Denormandie Buiza...	43
Tercer premio: <i>El elefante rosa</i> . Etienne Morilla	45
14-15 años	47
Primer premio: <i>Ojos únicos que ven el color de fresa</i> . Lola Santamaría...	48
Segundo premio: <i>Esperando al tren</i> . Lucie Chausseray	52
Tercer premio: <i>Flores de primavera</i> . Lucía Hernández Martínez	54
16-18 años	57
Primer premio: <i>Un paseo marítimo</i> . Laian Parralejo	58
Segundo premio: <i>Sin título</i> . Lucía Samaniego	60
Tercer premio: <i>Mientras dormimos</i> . Illena Machuca Romero	62

PRESENTACIÓN

Otro año más, presentamos en esta publicación los trabajos ganadores en la nueva edición del concurso Dale voz a la pluma, mediante el cual la Consejería de Educación pretende estimular las competencias tanto artísticas como lingüísticas del alumnado que aprende español —o en español— en el ámbito de los diversos programas que nuestro Ministerio desarrolla en Francia.

La convocatoria de este año ha vuelto a tener cosechar un gran éxito de participación, con más de 400 trabajos presentados entre viñetas y relatos en los que alumnos de nuestros centros y programas han puesto a prueba sus dotes para el dibujo y para la escritura. Desde aquí, por lo tanto, damos las gracias a todos los que han contribuido a que este concurso haya sido nuevamente un éxito, alumnos, profesores y padres de nuestras ALCE (París y Lyon), de nuestras Secciones Internacionales y de los dos Centros de titularidad con los que contamos en París, el Colegio Español Federico García Lorca y el Liceo Español Luis Buñuel.

Entre las viñetas, nos vamos a encontrar con historias muy diversas; desde lo más cotidiano como puede ser un día de clase en cualquier centro escolar o un simple paseo por París, hasta historias que dejan volar la imaginación de estos jóvenes, con sirenas encantadas, tortugas que hablan o extraterrestres intrépidos, pasando por héroes de nuestro tiempo y que han marcado la historia del deporte de nuestro país, como Rafael Nadal o el recurrente tema del coronavirus, que aún este curso escolar ha estado muy presente en la vida de nuestros escolares.

En cuanto a los relatos, también nos encontramos con historias fantásticas de espantapájaros protectores, elefantes rosas y princesas y dragones, tan propio del mundo imaginario más infantil, hasta historias más complejas de sueños tenebrosos, (lo onírico está muy presente en los relatos seleccionados y también en el resto) e historias de aprendizaje y lecciones de vida en mitad de una guerra o ensoñaciones de un paseante enamorado.

Quiero, pues, en primer lugar, aplaudir el esfuerzo de cuantos dibujantes y narradores han participado en el concurso sin haber resultado vencedores: la calidad de sus trabajos hizo que la labor del jurado fuera compleja y sus decisiones, arduas. En segundo lugar, no olvido a todos esos profesores que siempre estuvieron detrás, animando a sus alumnos a que empuñasen lápices y rotuladores, o motivándolos para que se sentasen, cavilosos, ante la pantalla en blanco de un ordenador.

Para concluir, deseo felicitar a los ganadores del concurso en todas sus edades y modalidades: un puñado de personas jóvenes y creativas a quienes invito a que continúen desarrollando sus dotes artísticas y literarias. En español, naturalmente.

FERNANDO GURREA CASAMAYOR
Consejero de educación

BASES DEL CONCURSO “DALE VOZ A LA PLUMA” 2022

A. Modalidad para las Agrupaciones de Lengua y Cultura Españolas (ALCE)

1. Objetivo. Contribuir a desarrollar la capacidad expresiva y promover la creatividad literaria en español.

2. Participantes. Alumnado de las Agrupaciones de Lengua y Cultura españolas (ALCE).

3. Modalidad. Secuencia de viñetas o página de historieta (cómic).

4. Grupos de edad. 7 a 9 años / 10 a 12 años / 13 a 15 años / 16 a 18 años

5. Plazo y dirección a la que se remitirán los trabajos. Cada uno de los trabajos presentados debe ser remitido antes del **14 de marzo de 2022** por correo electrónico a la dirección **bellai.maranon@educacion.gob.es**.

6. Originalidad, extensión y formato de presentación de trabajos.

- Los trabajos presentados han de ser originales y con ilustraciones realizadas por los propios autores. Se descalificarán los trabajos plagiados total o parcialmente.
- 1 página de extensión, como máximo.
- Presentación en PDF.
- El trabajo se presentará en **un único archivo** e irá precedido de la **ficha de participación** que se adjunta, en la que se han de hacer constar el título del mismo y los datos del autor (nombre y apellido/s, grupo de edad en el que concursa y Agrupación/aula en la que estudia).

7. Jurado. Estará constituido por los asesores técnicos de la Consejería de Educación y profesorado de las Agrupaciones de Lengua y Cultura española en Francia será presidido por el consejero de Educación de la Embajada de España en Francia.

8. Premios. Se otorgarán tres premios por cada grupo de edad, consistentes en: expedición de un diploma, publicación del trabajo premiado (edición impresa y en línea) y entrega de un obsequio de la Consejería de Educación.

9. Cesión de derechos. El autor premiado cederá a título gratuito a favor del Ministerio de Educación y Formación Profesional los derechos de explotación de la propiedad intelectual, y en especial los derechos de reproducción, transformación, distribución y comunicación pública, de la obra premiada. La correspondiente cesión revestirá el carácter de no exclusiva, se otorgará para un ámbito territorial mundial y tendrá una duración equivalente a todo el tiempo de protección que conceden a los autores, sus sucesores y derechohabientes las actuales leyes y convenciones internacionales propias de la materia de propiedad intelectual y las que en lo sucesivo se puedan dictar o acordar.

B. Modalidad para los Centros de Titularidad y las Secciones Internacionales Españolas

1. Objetivo. Contribuir a desarrollar la capacidad expresiva y promover la creatividad literaria en español.

2. Participantes. Alumnado del **Colegio Español Federico García Lorca**, el **Liceo Español Luis Buñuel** o las **Secciones Internacionales Españolas** en Francia.

3. Modalidad. Narración o relato breve.

4. Grupos de edad. 9 a 11 años / 12 a 13 años / 14 a 15 años / 16 a 18 años

5. Plazo y envío. Cada uno de los trabajos presentados debe remitirse por correo electrónico antes del **14 de marzo de 2022** a la dirección **bellai.maranon@educacion.gob.es**.

6. Características de los trabajos.

- Los trabajos presentados han de ser originales y pueden incluir ilustraciones realizadas por los propios autores. Se descalificarán los trabajos plagiados total o parcialmente.
- 2 páginas de extensión, como máximo.
- Presentación en Word (márgenes superior, inferior y laterales de 2,5 cm; interlineado de 1,15 pt; letra Times New Roman 12).
- El trabajo se presentará en un único archivo e irá precedido de la **ficha de participación** que se adjunta, en la que se han de hacer constar el título del mismo y los datos del autor (nombre y apellido/s, grupo de edad en el que concursa y centro en el que estudia).

9

7. Jurado. El jurado, constituido por asesores técnicos de la Consejería de Educación y profesorado de las Secciones y Centros de titularidad. Será presidido por el consejero de Educación de la Embajada de España en Francia.

8. Premios. Se otorgarán tres premios por cada grupo de edad, consistentes en: expedición de un diploma, publicación del trabajo premiado (edición impresa y en línea) y entrega de un obsequio de la Consejería de Educación.

9. Cesión de derechos. El autor premiado cederá a título gratuito a favor del Ministerio de Educación y Formación Profesional los derechos de explotación de la propiedad intelectual, y en especial los derechos de reproducción, transformación, distribución y comunicación pública de la obra premiada. La correspondiente cesión revestirá el carácter de no exclusiva, se otorgará para un ámbito territorial mundial y tendrá una duración equivalente a todo el tiempo de protección que conceden a los autores, sus sucesores y derechohabientes las actuales leyes y convenciones internacionales propias de la materia de propiedad intelectual y las que en lo sucesivo se puedan dictar o acordar.

**MODALIDAD ALCE:
HISTORIETA O CÓMIC**

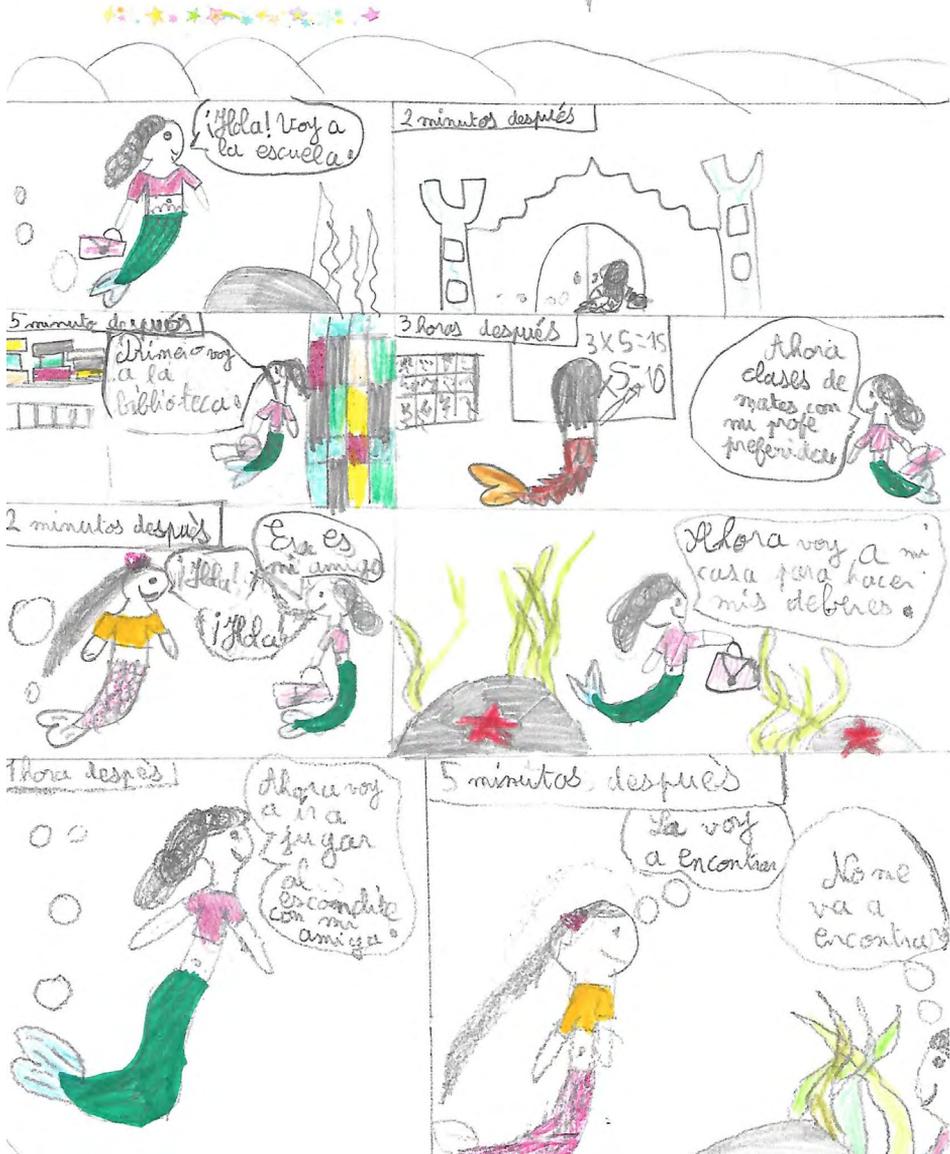
TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE HISTORIETA.
ALUMNADO DE LAS AGRUPACIONES
DE LENGUA Y CULTURA ESPAÑOLAS.
7 A 9 AÑOS

LA ESCUELA DE SIRENAS

Clara Sanz Morin. Aula de Bussy-St Georges (ALCE de París)

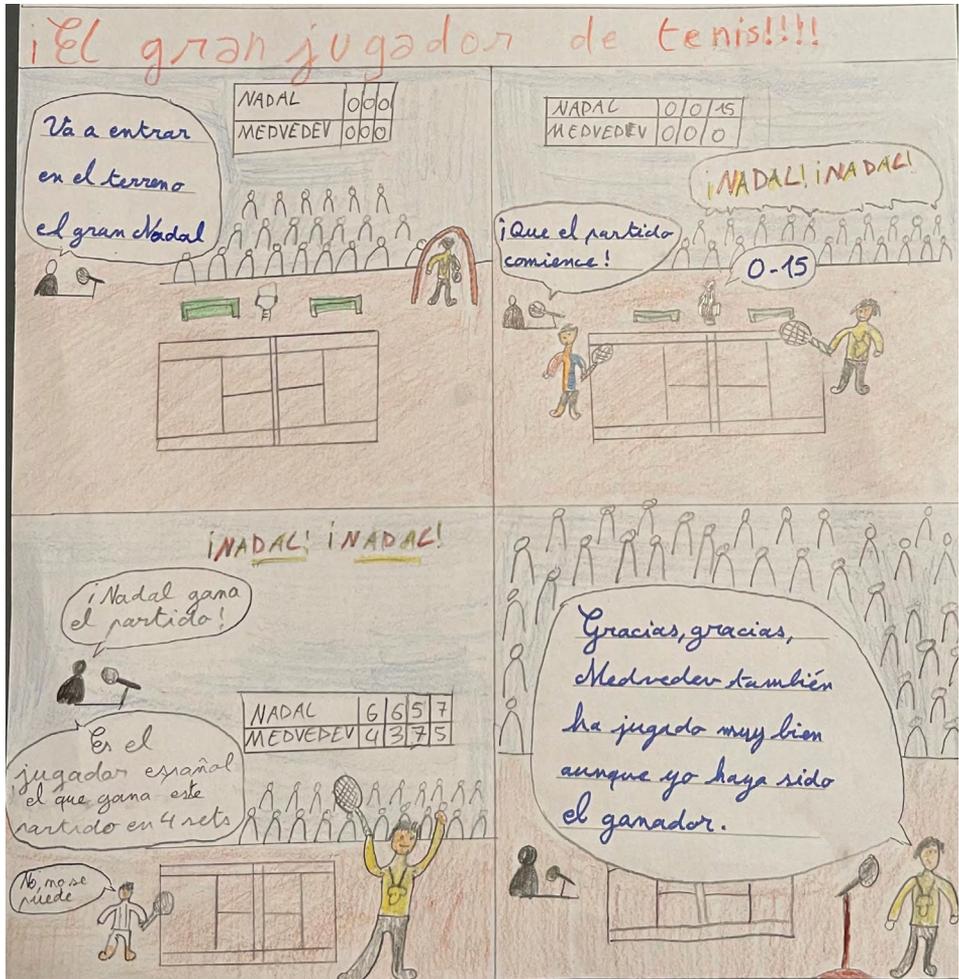
Segundo premio

La escuela de las sirenas 



EL GRAN JUGADOR DE TENIS

Léo DEVILLARD CARCIENTE. Aula de Rueil Malmaison (ALCE de París)
Tercer premio



16

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE HISTORIETA.
ALUMNADO DE LAS AGRUPACIONES
DE LENGUA Y CULTURA ESPAÑOLAS.
10 A 12 AÑOS

LA PANDILLA Y LA TRIBU DESCONOCIDA

Antonio RODRÍGUEZ TRIGO. Aula de Colomiers (ALCE de Lyon)

Primer premio

LA PANDILLATM

.....Y LA TRIBU DESCONOCIDA.....



EL PLAN

Edén UGALDE BAYIHA. Aula de Clayes ss Bois (ALCE de Lyon)
Tercer premio



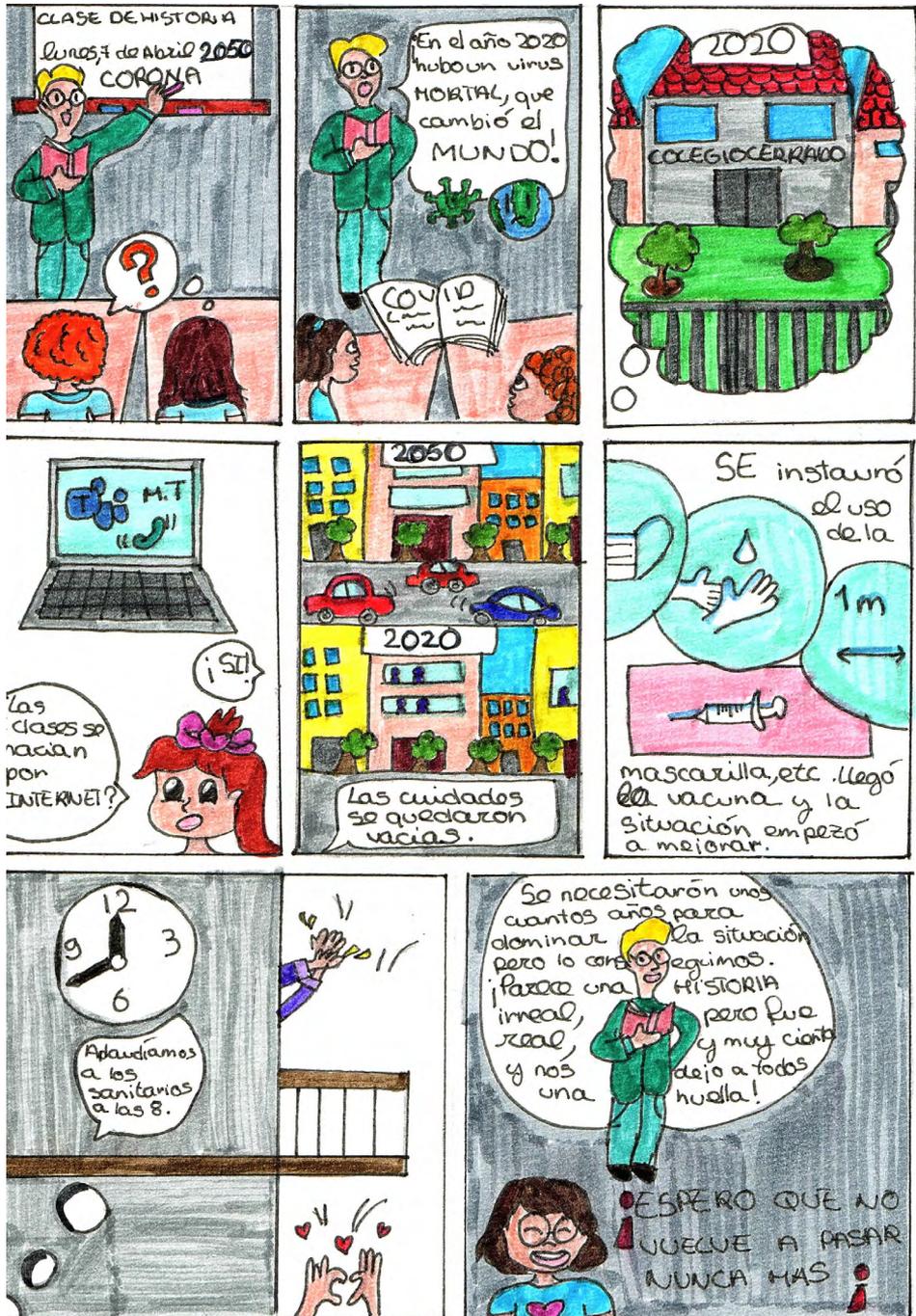
20

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE HISTORIETA.
ALUMNADO DE LAS AGRUPACIONES
DE LENGUA Y CULTURA ESPAÑOLAS.
13 A 15 AÑOS

HISTORIA: EL COVID

Manon GUILLERMIN MIGUEL. Aula de Montfavet (ALCE Lyon)

Primer premio



LA TORTUGA

Celia ESTÉVEZ NOËL-SOUC. Aula de Le Perreux (ALCE de París)

Segundo premio



UNA SONRISA

Astrid RIPOLL GRANJOUX. Aula de La Pompe 1 (ALCE de Paris)

Tercer premio



¡AH! Y un pequeño consejo:
No pienses mucho y equivocarse es una cosa TOTALMENTE normal.
Vive la vida con pasión y con una sonrisa. Y tú serás FELIZ 😊



TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE HISTORIETA.
ALUMNADO DE LAS AGRUPACIONES
DE LENGUA Y CULTURA ESPAÑOLAS.
16 A 18 AÑOS

VACACIONES EN BARCELONA.

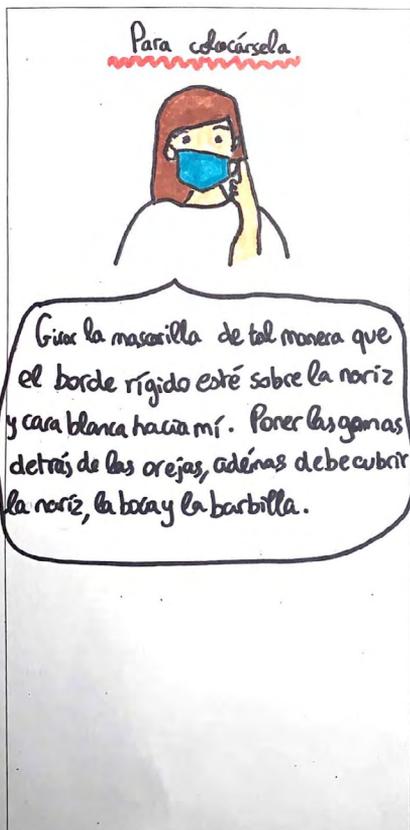
Nesrine DJOUAMBI KRIKA BOUARAOUR. Aula de París V (ALCE de París)
Primer premio



¿CÓMO LLEVAR MASCARILLA?

Mathieu ESTÉVEZ NOËL-SOUC. Aula de Le Perreux (ALCE de París)

Segundo premio



Noël-Souc

**MODALIDAD CENTROS Y
SECCIONES INTERNACIONALES
ESPAÑOLAS: RELATO**

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE RELATO.
ALUMNADO DE CENTROS DE
TITULARIDAD Y SECCIONES
INTERNACIONALES ESPAÑOLAS.
9 A 11 AÑOS

EL CASTILLO DEL ESPANTAPÁJAROS

Ekaitz LE JAN. Colegio Español Federico García Lorca.

Primer premio

Érase una vez un hombre que viajaba mucho. Era aventurero, le gustaba mucho viajar y descubrir misterios, nuevos animales, tesoros y castillos. Era muy deportista.

Un día hubo una tormenta desastrosa en una isla que había descubierto. Gracias a la lluvia se desenterró un castillo, donde quiso aprovechar para resguardarse. El castillo estaba protegido por un muro circular enorme de piedra y de ladrillo, de unos mil metros de altura. Le dio cientos de vueltas pero no le encontró la entrada.

Pensó que no podría entrar y decidió acampar en ese sitio tenebroso. Como era aventurero siempre llevaba una tienda de campaña y muchos utensilios. Tenía mucha experiencia. Decidió montar la tienda y le llevó un rato aunque era un profesional, pero lo consiguió. Luego fue a buscar madera pero a los pocos árboles que había en el bosque, les habían caído rayos y se habían quemado.

Vio muchos huevos por todas partes, no sabía de qué eran pero no los tocó aunque tenía mucha hambre. Como ya conocía la isla, sabía dónde estaba el río donde podría pescar. Usó el mapa que había dibujado durante su última estancia pero entonces escuchó un ruido que provenía del muro, se acercó y... ¡Se había abierto el muro!

Entonces se precipitó hacia el muro abierto y se encontró delante de una escalera que subió en un plis plas. Allí se encontró con un espantapájaros.

—¿Qué haces en esta isla? —le preguntó el espantapájaros.

—He venido a descubrir, y tú ¿qué haces aquí? le respondió el aventurero.

—Estoy aquí para espantar a los pájaros —respondió el espantapájaros.

—¿Por qué quieres espantar a los pájaros? —preguntó el aventurero.

—¡Porque se comen los huevos de las tortugas centenarias! - continuó el espantapájaros. Yo estoy aquí para protegerlos.

El aventurero ayudó a apagar el fuego que habían producido los rayos para poner a cubierto los huevos. En ese momento se levantó un viento muy fuerte cargado de arena y el castillo volvió a desaparecer bajo la arena. El aventurero se fue muy contento de haber podido ayudar a las tortugas,

Desde entonces el aventurero vuelve todos los años para ver a las crías de tortuga eclosionar y cuando pone en la arena unos nuevos botones para la chaqueta de su amigo de paja, el castillo vuelve a aparecer y le abre la muralla.

EL TENTÁCULO DE LAS PROFUNDIDADES

Yann RAMOS LOUSSAUT. SIE de Saint-Germain-en-Laye

Segundo premio

Cuaderno de a bordo de John H. Smith, capitán del submarino "Red Unicorn"

5 de julio de 1790, Fosa desconocida en el océano Antártico,

Hace 4 días que navegamos, estamos realizando una misión científica. Ha terminado la guerra, tenemos que instruirnos. Mis hombres han descubierto una sombra, es gigantesca. Les he ordenado tomar los arpones, por si acaso.

6 de Julio de 1790,

La sombra nos sigue, nos persigue. Cada tiro de mis hombres falla. Cuando le tiramos, desaparece, y, justo después, reaparece.

7 de Julio de 1790,

Esta bestia nos ataca, nada la hierre, ni los cuchillos, ni los fusiles, ni los arpones. Está destrozando el submarino. Nos estamos hundiendo.

Diario de Igor Karpov

2 de Mayo de 1888, San-Petersburgo,

Hola, me llamo Igor Karpov, vivo en San-Petersburgo, bajo un disfraz de marinero, se esconde mi verdadera profesión de ingeniero en jefe para el régimen zarista. Estaba en el puerto, buscando mi barco, cuando vi a un viejo marinero que sujetaba un cofre antiguo en las manos, tenía refuerzos de diamante pero normalmente, el diamante no es maleable, tenía también 4 cerraduras de misma piedra. Me dijo que había encontrado el cofre pescando cerca de Groenlandia. Se lo compré y decidí inventar y construir un submarino capaz de ir hasta allí.

1 de Octubre de 1888, San-Petersburgo,

¡Sí, lo he conseguido! El Zar me da su apoyo en mi misión, puedo partir. Podré utilizar el «Ivan El Terrible». Es un submarino con forma ovalada de acero inoxidable, carbonato de tungsteno y titanio, tiene 4 cañones para torpedos, dos a la derecha, dos a la izquierda, una popa central y puntiaguda y muchas armas a bordo.

Cuaderno de abordo del capitán Igor Karpov, comandante del submarino «Ivan El Terrible»

8 de Octubre de 1888, Fosa desconocida en el océano Antártico,

Mi tripulación ha encontrado los restos de un submarino. Posiblemente sean los del que buscamos.

9 de Noviembre de 1888,

¡Esta fosa no tiene fondo, hace un mes que bajamos y aún no vemos el fondo!

10 de Noviembre de 1888,

¡Nos ataca una bestia, tiene enormes tentáculos. Mis hombres la retienen fuera con nuestra popa puntiaguda. Tenemos que hacer algo, si no, nos hundiremos.

11 de Noviembre de 1888,

¡Sí, después de 1 día de combate, el Kraken se ha ido, ha dejado detrás sí un hilo de sangre, vamos a poder llegar hasta su guarida.

15 de Noviembre de 1888,

Hemos llegado a su guarida, una enorme cueva submarina a unos 44 444 metros bajo el mar, según mi experto. Estamos entrando, la cueva está llena de estalagmitas y estalactitas. Llegamos a una inmensa sala, y en el centro está el Kraken. Cerca de él, estaban unas cuantas crías recién salidas del huevo. Comprendiendo que era un padre que cuidaba de sus hijos, lo dejamos tranquilo. Y seguimos bajando en las profundidades.

1 de Diciembre de 1888,

Nos es posible, es el segundo monstruo que nos ataca, pero esta vez es una raya eléctrica gigante. Tiene muchas algas encima, grandes ojos amarillos sin parpados y una piel como si fuese roca. Nos tira rayos y ondas eléctricas. Por fortuna para nosotros, nuestro casco es muy resistente.

34

2 de Diciembre de 1888,

¡Hemos ganado! Vamos a seguirlo y averiguar dónde vive.

6 de Diciembre de 1888,

Hemos encontrado su hogar, una gran plataforma de piedra, a unos 66 666 metros. No nos vamos a acercar, por si acaso.

24 de Diciembre de 1888,

Estamos a 88 888 metros bajo el mar. Espera, ¿qué es esta sombra que se nos acerca muy rápidamente? Oh no, una pinza nos ataca por la derecha. Es una langosta roja gigante. Su piel está repleta de rocas y algas. Su pinza mayor es enorme, podría romper al submarino de un golpe. La segunda es sorprendentemente pequeña comparada con la otra. Tendremos que luchar. ¡Utilizad los torpedos!

30 de Diciembre de 1888,

¡Lo hemos vencido!! Espera, no... no... no es posible, bajo nuestros ojos está la Atlántida, esta magnífica ciudad tragada por las aguas. Es igual en todo punto a la leyenda que me contaba mi madre, con sus grandes columnas de mármol, sus bellísimas estatuas de misma piedra y anchas calles enlosadas. Tengo que contárselo al Zar.

Diario de Igor Karpov

2 de Mayo de 1889, San-Petersburgo,

El Zar me ha prometido que no desvelaría la existencia de la Atlántida a los otros países, también me prometió unas vacaciones. He terminado mi misión y

ahora puedo descansar, eso me dará tiempo para preparar mi próxima expedición, descubrir el origen de la piedra no terráquea que encontré en la Atlántida. Creo que la primera pista está en el cofre que compré en el puerto el año pasado. Pero antes, tendré que encontrar las cuatro llaves del cofre, después de haber intentado forzar las cerraduras muchísimas veces, he llegado a la conclusión de que es imposible...

LA PRINCESA Y EL DRAGÓN

Ángela MARTÍNEZ MEGÍAS. SIE de Saint-Germain-en-Laye

Tercer premio

Érase una vez un rey muy triste. Su tristeza se debía a que había recibido una carta que decía que su hija, la princesa, había sido secuestrada por un temible dragón. Para recuperarla lo único que el dragón le exigía era prometer que la princesa nunca volvería a vestir de color rosa, nunca más en su vida. Aunque al rey le encantaba ver a su pequeña princesa vestida con lindos vestidos rosas, no tuvo más alternativa que ceder al trato.

En otra parte del reino...Érase una vez un Dragón muy apenado pues su hijo había sido capturado por una malvada princesa. La princesa pedía como rescate una promesa del dragón: Su hijo el pequeño dragón no volvería a ser nunca verde. Aunque al gran dragón le encantaba cuando su pequeño hijo, con sus habilidades mágicas, lucía sus grandes alas verdes, con su majestuosa cola verde... no tuvo otra opción que ceder al trato prometiendo a la malvada princesa que su hijo no volvería a ser una criatura de este color el resto de su vida.

Una vez en el castillo, desde su liberación la princesa siempre vestía de color verde, ya que era el trato al que su padre accedió, y además era su color favorito. Una mañana el rey, cansado de ver a su hija vestida de verde, color que él detestaba para una princesa, dijo: “¡Buscaré a ese dragón hasta la muerte para que puedas volver a vestir como debe vestir una princesa, y puedas lucir bonitos vestidos rosas!” A la princesa esto no le gustó ni un pelo esta idea, pero decidió seguir a su padre y a su tropa de soldados en la búsqueda del dragón.

36

Al mismo tiempo, en una oscura caverna del bosque había un feliz dragoncito rosa. A su padre, el gran dragón, esto no le hacía mucha gracia pues, ¡un dragón rosa! ¿¿Cuándo se ha visto tal cosa?? Pero claro, tenía que cumplir el trato que puso fin al secuestro de su hijo, puesto que no quería volver a perderlo. De repente la cara del gran dragón se iluminó con una brillante idea, y exclamó: “¡Daré caza a esa malvada princesa, de esa forma nada te impedirá ser verde como debe ser un dragón, como lo fue tu abuelo, tu bisabuelo, y todas las generaciones que nos preceden!” El dragón rosa no estaba muy contento con esta brillante idea, pues a él no le parecía nada mal ser rosa... pero siguió a su padre y a su ejército de dragones a la caza de la princesa.

Así, en medio de un gran claro del bosque se encontraron los dos ejércitos, uno frente al otro. De un lado unos dragones furiosos y gigantes, del otro un ejército de caballeros armados y desafiantes. Cada uno tenía una razón para luchar... Ambos buscan venganza por el secuestro de sus primogénitos, la batalla iba a ser larga y cruel, pues los dos ejércitos tenían valientes y fuertes guerreros... Cuando el rey estaba a punto de dar la orden de apuntar y disparar las flechas y el gran dragón estaba a punto de dar la orden de comenzar a escupir fuego... Los dos grandes jefes oyeron dos agudas voces, bastante familiares, que gritaban con todas sus fuerzas: ¡Alto el fuegoooo! ¡Parar esta guerra que va a acabar fatal! Todas las miradas se dirigieron en ese momento al lugar del que procedían estas voces. Eran un pequeño dragón rosa y una joven princesa vestida de azul: “No ha habido ningún secuestro, todo ha sido una artimaña nuestra. El rey sorprendido preguntó ¿Por qué?, y el dragón con la misma sorpresa en el rostro preguntó a su vez ¿Por qué? La princesa respondió: “Estoy harta de vestir de rosa, no me gusta ese color”.

El dragón continuó "Detesto el color verde, yo quiero ser rosa como las bellas mariposas". Los padres en ese momento comprendieron todo, se disculparon y firmaron la paz. Desde ese día todos en el reino comprendieron que no importa el color, lo importante es querer a cada uno como es, y que todos tengan libertad para elegir qué y cómo quieren ser...Y desde entonces en el reino hubo un dragón y una princesa más felices que perdices. FIN.



TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE RELATO.
ALUMNADO DE CENTROS DE
TITULARIDAD Y SECCIONES
INTERNACIONALES ESPAÑOLAS.
12 Y 13 AÑOS

NUESTRA ESENCIA HUMANA ES EL CAOS

Sarah BALLOUL. SIE Lyon.

Primer premio

El frío había despertado a **Mykhaylo**, que se había quedado dormido en la nieve espesa de la zanja del Este. Se levantó de un salto y verificó el estado de sus seis pacientes. Todavía no se había acostumbrado a su nuevo oficio de cirujano voluntario en el ejército ucranio.

El coronel le había prohibido terminantemente salir de la zanja excepto en caso de emergencia o si el relevo llegaba. Sin embargo, Mykhaylo no podía quedarse en un lugar fijo. Sus pacientes no estaban en peligro de muerte inmediata, y podía contar con su enfermero, así que decidió pasearse un poco. Apenas había recorrido algunos metros cuando oyó un lamento. Acercándose al hombre herido, pudo distinguir claramente las palabras que decía en ruso: «Oh, por favor, sean humanos, hermanos, salven mi vida o terminen con ella ahora». ¿Un soldado ruso? ¿Un espía, un explorador? Mykhaylo no pudo responder a su pregunta, porque ya estaba bastante ocupado en llevarlo cargando hasta su tienda-hospital. No se lo había planteado dos veces: este hombre herido en la nieve moriría en menos de dos horas si no lo rescataba. Cargando al soldado ruso, Mykhaylo entró en su tienda. Le proporcionó un fuerte sedante y empezó a ocuparse de él como hacía con todos sus otros pacientes.

—Ah, veo que tienes un nuevo paciente, observó más tarde el teniente Andriy. Esta noche fue bastante calma en la zanja. Járkov, sin embargo, fue bombardeada por aviones. Uno se estrelló cerca de aquí. Creo que el piloto ha muerto. De todos modos, si no, lo mataré yo mismo. Mi querido padre ha muerto a causa de estos malditos rusos.

Mykhaylo no pudo reprimir un escalofrío. Había relacionado enseguida su nuevo paciente ruso con el piloto que el teniente Andriy amenazaba. Se dio cuenta del peligro que corría al acoger a su enemigo. No obstante, no podía dejarlo morir cruzándose de brazos. Por tanto, decidió no compartir con nadie la identidad del soldado enemigo.

Pasó un día, en el que Mykhaylo esperaba que su paciente se despertara. Por fin, cuando abrió sus ojos, el ruso parecía tenso al descubrir que se encontraba en el campamento enemigo. Sin embargo, llamó a su salvador.

—Me llamo Yuri, explicó el soldado a Mykhaylo. Soldado de la décima división, del cuarto ejército aéreo del Cáucaso Norte. Te agradezco haberme salvado la vida, continuó. Pero creo que no soy el bienvenido aquí.

Intentó levantarse, pero como suponía Mykhaylo, no tenía fuerzas todavía para hacerlo.

—No te preocupes, Yuri. No te delataré mientras estés convaleciente. Mi deber es curar a la gente que lo necesite. El tuyo es matar a civiles inocentes, pero no te guardo rencor, ya que de todos modos no tienes escapatoria.

Yuri no dijo nada, aunque se veía que estaba de acuerdo. Tal vez el orgullo no le permitía decir su opinión abiertamente.

—También sé que si hubieras tenido fuerzas para matarme el día que te salvé, lo habrías hecho, dijo el cirujano. Pero ahora, no te atreverás a hacerlo, ya que tienes una deuda hacia mí. Solo quiero que reflexiones.

—Médico como te llames ...

—Mykhaylo, cirujano de la quinta división, del undécimo ejército de tierra.
 —Mykhaylo entonces, ¿sabes que intento no reflexionar desde hace varios meses? Si lo hago, la culpabilidad me roería.

—Ya lo sé. Y puede que sea el caso de todos tus camaradas y de los míos.

—Sí. Por eso se dice que la guerra es absurda.

—Estoy de acuerdo contigo.

Después de un corto silencio, Yuri sonrió:

—¿Sabes?, tengo un primo que se llama Mykhaylo. Me gusta tu nombre, y más ahora que te conozco.

El cirujano sonrió a su vez, pero no respondió. Miraba a su paciente con una curiosidad mal disimulada. Terminó sin embargo por hablar:

—¿Cómo puedes continuar matando a tanta gente? Yo estoy convencido de que hago lo mejor. ¿Pero tú?

—Yo también estaba convencido de hacer lo mejor, respondió el piloto. La información que el gobierno ruso divulga en las redes de telecomunicación no tiene nada que ver con la realidad... Y creo que no hay vuelta atrás.

Mykhaylo se quedó mudo. Podía entender lo que le explicaba Yuri, pero las palabras anteriormente dichas resonaron en su mente: «La guerra es absurda». Y no podía decir lo contrario.

Yuri se recostó en su lecho y no tardó en dormir. Los días siguientes, no hablaron mucho. Mykhaylo se ocupaba de él y Yuri se lo agradecía.

Después de un mes de convalecencia, Mykhaylo descubrió la cama de Yuri vacía. Tristemente, arregló las sábanas. Sospechaba que su amigo ya se había ido, y tal vez ya no lo vería. Sin embargo, un sobre con su nombre cayó del colchón. Lo abrió apresuradamente. Contenía una foto de Yuri más joven y una carta doblada en dos:

41

*«Mykhaylo,
 Con inmensa tristeza te abandono esta mañana.
 Fuiste un amigo auténtico y bondadoso.
 Te agradezco haberme salvado la vida más de lo que puedes creer.
 Nunca olvidaré tus gestos cuidadosos, ni tu voz alegre.*

*Espero que pronto todo esto se acabe.
 Espero que pronto podamos vernos de nuevo. Aprovecharemos entonces
 un paseo en la nieve, porque sé que te gusta, tranquilamente y sin el ruido
 monstruoso de los bombardeos.*

Mientras tanto, cuídate. Un abrazo.

Yuri Olegov»

Mykhaylo, temblando, guardó el sobre en el bolsillo de su uniforme militar. Inspiró profundamente, con lágrimas en los ojos. No, tampoco él podría olvidar a su amigo Yuri, quien le había dado la esperanza de que un día los seres humanos podrían ser suficientemente inteligentes para acabar de matarse entre ellos.

...

La guerra había terminado hacía ya dos meses. Mykbaylo se encontraba en un tren, en dirección a Moscú. Había encontrado la dirección de Yuri en Internet.

Cuando llamó al timbre del edificio en la avenida Sretensky, su corazón empezó a latir con fuerza.

«Mykbaylo», dijo solamente Yuri cuando abrió la puerta. Y se abrazaron allí, como una prueba viva que la amistad es siempre más verdadera que el odio.

EL REGALO DEL MANZANO

Alodia DENORMANDIE BUIZA. SIE de Lyon.

Segundo premio

Olivia subió sobre su bicicleta, dijo adiós a sus padres y se fue por el camino del bosque.

Después de quince minutos de ruta, Olivia veía a lo lejos su bello manzano. Ese manzano es el centro del bosque, un árbol maravilloso que tenía manzanas rojas y dulces en otoño. Era en realidad su amigo y al que veía cada mañana y cada tarde.

Dejó su bicicleta en la hierba verde y húmeda; pero, de pronto, al levantar la vista, Olivia vio un objeto apoyado sobre el viejo tronco del manzano. Se acercó lentamente y susurró << ¿Un violonchelo?>>, y sí, lo que veía apoyado sobre el tronco era un violoncello. Se quedó quieta a admirarlo.

El violoncelo era grande y la madera era lisa, de color ocre. El arco al lado era del mismo color que la madera, pero con detalles dorados sobre el mango y la crin rubia del caballo tensada.

Olivia era una chica curiosa y se acercó, los ojos muy abiertos. Cogió el arco y el violonchelo. Se sentó sobre una roca sombría y comenzó a frotar el arco sobre una cuerda.

—Un do, susurró Olivia.

—Un sol, susurró de nuevo.

—Un re, dijo más fuerte.

—¡Un la! ¡Do, sol, re y la! Gritó emocionada.

Pero nadie aplaudió. Le hubiera gustado que su profe de música del cole estuviera allí para poder demostrarle que se sabía las notas.

Olivia cogió una manzana, le dio un mordisco y se fue con su bicicleta, feliz de lo que había descubierto.

Al llegar al cole, Olivia estaba decidida a apuntarse a las horas extras de música propuestas por su cole, donde podría aprender a tocar el violonchelo.

Después de las clases, Olivia cogió el camino y, al pasar delante del manzano, le dio mucha pena dejar ese violonchelo que le había motivado para música. Entonces, bajó, lo cogió con el arco, y continuó su ruta a pie empujando su bicicleta con la otra mano.

Al llegar a casa, Olivia se fue corriendo a su cuarto con el violonchelo en la mano. Sacó de su mochila una canción que se llamaba “ Au clair de la lune ”. Su profesor le había enseñado como leer las notas y a tocar esta partitura.

Olivia se instaló sobre una silla y comenzó a tocar. El sonido que salía del instrumento era suave y melódico: ¡una verdadera violonchelista!

Durante cinco años Olivia continuó a asistir a sus clases de música y llevarse a todas partes su violonchelo. Pero ahora, tenía que profundizar sus estudios de música. También, echaba mucho de menos a su manzano porque ahora, tenía su pequeño apartamento que estaba en el centro de la ciudad y no en el campo.

Un día, la madre de Olivia la llamó y le dijo que su tío Tom iba a cenar esa tarde a casa de sus padres y que le encantaría que ella estuviera también. Olivia estaba encantada porque Tom era músico, así que le podría dar información para sus estudios.

Olivia llegó a casa de sus padres y les contó sus planes para el futuro, y de que quería ser una violonchelista profesional. Ellos no estaban muy convencidos.

Tom llamó a la puerta y el padre de Olivia fue a abrir. Se instalaron en la sala de estar.

Después de un buen rato de charla Tom dijo que había previsto un concierto, pero que le faltaba a alguien que hiciera un solo en el concierto.

—¡Yo! Gritó Olivia.

—¿Tú? Contestaron todos a la vez.

—¡Sí, llevo cinco años dando clases de violonchelo en el cole! Quise decíroslo, pero siempre estabais ocupados, dijo Olivia.

—Lo siento, entre que tu padre y yo trabajábamos hasta muy tarde, no me he ocupado mucho de ti, contestó su madre.

—Olivia, mis alumnos tienen un nivel muy alto y exigente, dijo Tom.

Olivia se calló y asintió con la cabeza.

Después de la cena, hablaron un poquito, pero Tom tenía que irse.

—¡Espera! Gritó Olivia bajando la escalera a toda prisa con su violonchelo.

Olivia se instaló en una silla y cogió el arco; lo posó sobre la cuerda y, dejó que el violonchelo hablase por ella, con una melodía magnífica. Su postura, su expresión y su delicadeza eran perfectas. Tom se quedó boquiabierto, y sus padres tenían lágrimas que acariciaban sus mejillas.

Olivia participó en muchos conciertos e incluso compuso una canción: se convirtió en una reconocida violonchelista con talento. El manzano le regaló su destino.

EL ELEFANTE ROSA

Étienne MORILLA. SIE Burdeos

Tercer premio

Érase una vez ... un elefante rosa.

—¿Os gustaría ser un elefante de color rosa?

Era mi mayor sueño. Todo el mundo pensaba que era una tontería, pero no me importa lo que diga todo el mundo, un elefante rosa todos lo admirarían. Si fuera bastante popular, hasta podría trabajar en el circo, y ser una gran estrella.

Un día, oí hablar de una bruja muy poderosa. Alguien contó que esta bruja podía convertir a cualquiera en animal. Esta bruja me permitiría realizar mi sueño. Quise encontrarla enseguida. Pero, nadie sabía decirme dónde se encontraba la bruja. Comencé sin información pero con esperanza. Llevé mi investigación por toda la ciudad.

Después de 2 horas de investigación me sentía totalmente desanimado, pero cuando iba a volver a mi casa, me di cuenta de algo extraño. Apareció una luz, y una pequeña caseta al extremo del bosque. Nunca antes había estado ahí. Decidí ir a ver, a pesar del miedo que me dominaría. Anduve con sigilo y al llegar frente a la puerta llamé. Cuando la puerta se abrió me tragó con la fuerza de un ciclón. Caí y caí hasta perder la noción del tiempo y me quedé dormido. Cuando me desperté, estaba en un canapé dentro de aquella caseta, y una vieja señora me miraba desde su mesa de trabajo. No parecía de buen humor. Sobre la mesa de trabajo estaba escrito su nombre: Brujilda, y me dijo que tenía mucho trabajo. Me preguntó por qué quería verla. Le dije que quería ser un elefante rosa, y que solo ella podría ayudarme. Me dijo que tendría que darle algo a cambio. Tendría que traerle el «rubís azul».

Aunque no tenía la menor idea de lo que era, estaba determinado a encontrarlo porque deseaba cumplir mi mayor sueño, ¡ser un elefante rosa! Durante unos días no paré de buscar, y buscar hasta que me encontré con unos montañeros. Me explicaron que el “rubís azul” es el nombre de una montaña en la que hay siempre un destello de “rubís azul”, pero nunca nadie ha conseguido llegar a la cima porque esta montaña pertenece a los “hombres-osos”, unos feroces guardianes que la protegen día y noche.

Necesitaría un guía de montaña y material adecuado. Tardaríamos por lo menos dos días en llegar hasta la montaña, y una vez allí, nos quedaría el territorio de los “hombres-osos” por atravesar. Por suerte, mi guía conocía una mina abandonada que atravesaba la montaña. Así pudimos penetrar en el territorio de los “hombres-osos” sin ser vistos. Después de unas horas de marcha por las galerías de la mina, salimos junto al pico de la montaña donde algo azul lucía al sol, era el rubís.

Agradecí al guía lo que había hecho por mí, y le pregunté lo que quería a cambio. Durante nuestro viaje le conté la historia de la bruja, y por qué tenía que llevarle el “rubís azul”. El guía me pidió que le presentaría a la bruja. Su deseo era ser un águila. Cuando volvimos a la ciudad, fuimos juntos a ver a Brujilda, le di el rubís y le expliqué que sin el guía nunca lo habría conseguido. Ella también se merecía un deseo. Brujilda aceptó, y en un chasquido de dedos el guía se convirtió en águila, y se fue volando majestuosamente hacia las montañas. Estaba asombrado por su talento como bruja, y esperaba mi turno con más ganas. En mi caso tardó

más en hacer el hechizo porque evidentemente un elefante es más grande que una simple águila.

Una vez todos los preparativos del largo hechizo acabados, chasqueó los dedos tres veces, y me convirtió en elefante rosa. Aquel momento fue el más feliz de mi historia. Iba tranquilo por las calles, y me encantaba ver la gente asombrarse al verme. Pero mi sueño no duró mucho, y se convirtió muy pronto en pesadilla. Me paseaba al lado del circo para que me vieran. La gente del circo pensando que se había escapado un elefante, llamaron a la policía. Para mí fue un alivio, pensé que al fin había tenido suerte, y que conseguiría un trabajo en el circo, así todo el mundo podría venir a verme. El circo mintió a la policía, y dijo yo que era uno de sus elefantes. Yo estaba contentísimo, pero había algo que olvidaba, es que no hay espectáculos todos los días. Me encerraron en una enorme jaula durante dos días, junto con los otros elefantes que no se atrevían a acercarse a mí, hasta el día del espectáculo, y cuando me tocó por fin, y que estaba orgulloso de mí, cuando hice mi espectáculo, la gente nada simpática, se rió de mí. No apreciaron mi habilidad para el espectáculo. Me miraban como un monstruo. Estaba muy triste. Mientras, todos reían a carcajadas. Solo era una atracción, una cosa extraordinaria, e hiciera lo que hiciera todos se reían al verme. Me convertí en “una cosa que hace reír”. Al día siguiente, me escapé y me fui muy lejos, fuera de la ciudad. Anduve días y días por el bosque. No quería encontrarme con nadie. Necesitaba estar solo. Y sobre todo quería encontrar de nuevo a Brujilda. Pero la bruja no está ahí donde uno espera encontrarla. Solo viene cuando el deseo es muy fuerte, y verdadero. De pronto, vi llegar a unos niños que estaban jugando al escondite. Al verme, vinieron corriendo. Les pareció muy divertido jugar en el bosque con un elefante rosa. Nos lo pasamos muy bien, y me divertí mucho con ellos. Al final tenían que volver a sus casas. Me invitaron a ir con ellos a sus casas. Me hubiera encantado, con ellos me sentía bien. Tuve que contarles toda la historia, y les expliqué que no podía ir a la ciudad porque me estaban buscando para encerrarme en el circo, y presentarme como “una cosa que hace reír”. Todos se fueron, se hizo de noche, y me puse a llorar. Entonces vi una luz, me fui acercando y delante de mí con un gran resplandor apareció la caseta de la bruja.

Al principio solo oí su voz. El resplandor me había dejado ciego durante unos segundos. Brujilda estaba en su puerta. Me dijo: “Te estaba esperando”. Entré detrás de ella en la caseta. Ella se sentó a su mesa de trabajo, y yo le expliqué que la vida de elefante rosa era una pesadilla. Me habían hecho esclavo en un circo. Brujilda rió y dijo: “No debes juzgar por las apariencias, un elefante rosa es divertido verlo, pero serlo no es lo mismo”. Le pedí a Brujilda que me transformara en el niño que era antes. Chasqueo los dedos tres veces, y me desperté.

Mi despertador estaba sonando, era la hora de levantarme para ir al instituto, y junto a mi cama, en el piso, lo primero que vi fue mi elefante rosa de peluche que siempre he adorado.

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE RELATO.
ALUMNADO DE CENTROS DE
TITULARIDAD Y SECCIONES
INTERNACIONALES ESPAÑOLAS.
14 Y 15 AÑOS

OJOS ÚNICOS QUE VEN EL COLOR DE FRESA

Lola SANTAMARÍA. SIE de San Juan de Luz-Hendaya

Primer premio

Era una mañana fría de diciembre. Como todos los domingos, me levanté temprano y metódicamente me vestí con unos vaqueros desgastados. Me coloqué una sudadera que días antes se había convertido en mi favorita, me la había comprado con mis ahorros en la tienda de esquiar para afrontar los fríos días que se avecinaban. Me lavé la cara y rápidamente me hice un moño chapucero. Antes de salir, como siempre, rellené mi viejo termo de Mickey Mouse. No era lo más chic, pero mantenía de maravilla el calor y me servía para llevar mi chocolate caliente, era mi dulce gasolina para mi paseo matinal. Ya preparada, mientras atravesaba el umbral de mi casa, me coloqué los mitones fucsias que años atrás me había regalado mi abuela por Navidad. Me permitían leer sin pasar frío, era fundamental para mi plan de domingo.

Paseaba entre calles con mis *airpods*, me acompañaba mi canción favorita de Mac DeMarco. Melancólica, mientras atravesaba las largas calles de Manhattan recordaba aquellas navidades de infancia. Las calles ya se teñían con esos colores rojos, amarillos, azules, repletas de inocentes niños con sonrisas amplias jugando con la nieve. Pensaba que no hacía mucho yo era uno de ellos, rememoraba aquellas largas tardes con mis hermanos jugando a ser adultos. Un cartel de biblioteca me sacó de mis pensamientos y una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro cuando descubrí que ya había llegado a mi destino. Con ansias me precipité hacia dentro. El olor a velas de vainilla y a libros viejos inundó mis fosas nasales nada más entrar. Era una biblioteca pequeña y acogedora. Begoña, la bibliotecaria, era una mujer vasca de sesenta a setenta años, delgada, de mediana estatura, ojos vivos y brillantes, pelo canoso y sonrisa que iluminaba cualquier estancia. Begoña era una mujer con aires bohemios, una mujer que de no ser la jefa de la biblioteca jamás me hubiese fijado en ella. Ella siempre tenía una piruleta de fresa en la boca y por lo tanto siempre que se movía desprendía un agradable olor a fresa. Esa mujer y yo teníamos una relación muy especial ya que nos conocimos en un momento en el que las dos nos encontrábamos solas en esa ciudad. Su marido acababa de fallecer y yo me acababa de mudar a Manhattan sola para comenzar mis estudios de medicina en la NYU.

Mientras acomodaba mis viejos artilugios en el sofá raído me fijaba en las impresionantes vidrieras. Eran de colores muy llamativos y coloreaban la biblioteca con los rayos de luz que las atravesaban. Cada domingo procuraba llegar a la misma hora porque necesitaba hacerlo con luz suficiente, solo así las vidrieras podían desprender toda su belleza. El juego de luces que conseguían los rayos de sol me permitía disfrutar de una experiencia única. Las diferentes vidrieras que poblaban los cuarterones del edificio eran una especie de mosaicos con todas las letras del abecedario. Cada letra estaba rodeada con unos frutos y paisajes distintos. A mí me gustaba mirar la mía que era la L, me obnubilaba imaginando historias con sus correspondientes decoraciones. La luz que bañaba mi letra le daba movimiento a la escena y cada día la hacía distinta. Yo era feliz contemplándola.

Esa mañana, mi objetivo era encontrar el libro que había visto el día anterior recomendado por mi *influencer* favorita. Siempre leía los libros con los títulos más

grandes, los libros que más sonaban por las redes sociales, elegía los libros con los colores más llamativos y portadas de neón.

Mientras me paseaba entre todas esas estanterías, un ruido me sacó de mi ensueño. Ese ruido me pareció la vocecita de un niño, el ruido provenía de detrás de una de las estanterías. En cuanto llegué allí, me encontré con un niño de unos seis años con ojos saltones, mirada intensa y un poco regordete. Le pregunté si le pasaba algo y el niño me advirtió que tenía que hablar más bajo ya que nadie le podía descubrir. Curiosa le respondí que dónde vivía y dónde estaban sus padres. El niño, como si fuese obvio, me señaló un libro que se encontraba en una de mis estanterías preferidas. Era un libro en el que nunca me había fijado, era un libro que había pasado completamente desapercibido ante mis ojos. Era un libro desgastado, sin título, con la tapa marrón, raída por los años. El crío me preguntó por qué razón miraba con tanta desaprobación su casa.

Con las mejillas sonrojadas porque el niño me hubiese descubierto mirando aquel libro de esa manera le respondí que el libro me parecía peculiar, mintiéndole. Él fue consciente de que no decía la verdad, pero aun así siguió conmigo. Me sorprendió que fuera la primera vez que le veía si realmente vivía en la biblioteca y se lo hice saber. El me miró con cara de pocos amigos y enfadado me aclaró que no vivía en la biblioteca, sino que su hogar era el libro feo y desgastado que me había señalado. Soltó un "tampoco esto lo entiendes" y en ese momento no supe a qué se refería.

Le pedí disculpas y noté que su cuerpo entonces relajaba su tensión y comenzaba a hablarme de manera calmada.

49

Me explicó que solo en contadas ocasiones descendía de las alturas donde se ubicaba su hogar y lo hacía movido por la misión que le había sido encomendada. Curiosa le interrogué a qué se refería, estaba nerviosa pensando que se trataba de una misión de espionaje. Esta vez mi pregunta le hizo reír con una carcajada sorda que nadie salvo yo pudo oír. Añadió que no podía explicarme nada porque precisamente la misión era que yo lograra entenderla. Todo resultaba extraño, pero yo me encontraba tranquila, ese personaje con su voz susurrante y sus ademanes suaves me hacía sentir como si lo conociera de toda la vida, en paz conmigo misma, y provocaba unas ganas de saber, una curiosidad que jamás antes había sentido.

De repente un olor a fresa me devolvió al lugar donde nos encontrábamos, la bibliotecaria a lo lejos movía su piruleta mientras terminaba de colocar los últimos libros que habían recibido. O al menos, en aquel momento, eso me pareció a mí.

Volví a observar el libro anónimo y poco llamativo que constituía el hogar de mi nuevo amigo y no pude evitar preguntarle qué había allí dentro, cómo se vivía en un lugar lleno de letras, como podía pasar de página a página sin cortarse con el filo del papel, me intrigaba saber si las tapas de su hogar hacían demasiado estrecho el lugar donde habitaba.

Nuevamente el me miró condescendiente y volvió a repetir esa frase que me empezaba a resultar exasperante "no entiendes nada". "Mi hogar es único, es el espacio más grande que existe porque es el de la imaginación. En el habitan todos aquellos que ven el mundo con los ojos de la ilusión, que miran al fondo de las cosas y olvidan los grandes titulares. En mi hogar las letras bailan, ríen, cantan, se juntan como quieren aunque formen palabras desconocidas, les encanta formar palabras largas y cortas y pensar que todas son bonitas porque dicen algo, les

apasiona saber que todas son distintas y por eso son mejores porque suman dentro del hogar. En nuestra casa da igual tu apariencia, solo importa que digas algo y que permanezcas en silencio cuando hablen los demás. Nadie agrede a nadie porque hay letras para todos, nadie juzga a nadie porque sabemos que cuantas más palabras hacemos más completo es nuestro lenguaje y eso nos permite a todos comunicarnos mejor.”

De pronto, me sentí avergonzada, me sentí humillada por la lección que un simple niño al que le triplicaba la edad me acababa de dar. Un niño y un libro que parecían simples, en los que jamás me hubiera fijado se convirtieron en únicos. Ellos nada pretendían, no necesitaban aprobación general, ni *likes* para ser excepcionales.

Hasta ahora siempre había elegido los libros por las recomendaciones que realizaban en las redes personas anónimas a las que seguían masas y yo hacía la elección convencida de que a más seguidores mayor calidad tenía el libro. Estaba completamente equivocada. No eran los colores, los grandes títulos ni siquiera el gran formato o tamaño lo que daba calidad al libro, sino la libertad de las ideas que tenía dentro. Me di cuenta de que normalmente juzgaba antes de conocer, descartaba antes de saber y ese era el error más grande que había cometido.

Otra vez el olor a fresa inundó el ambiente, la bibliotecaria acababa de abandonar la sala cerrando con sigilo la puerta de la biblioteca.

Un tirón en la sudadera y me di cuenta de que el pequeño se había sentado pegado a mí con una bolsa grande de terciopelo azul claro. Al girarme y mirarle, me la ofreció con una amplia sonrisa en la cara y me indicó que la abriera, era un regalo.

La cogí agradecida, solté las cuerdas que cerraban la bolsa de manera delicada y me asomé a su interior. Un abismo apareció ante mí, olía a fresa y en la oscuridad del interior letras brillantes bailaban y formaban palabras que yo no lograba ver con claridad. Su movimiento fue haciéndose cada vez más lento, parecía como si quisieran hacer una frase solo para mí, mi pequeño abecedario brillante por fin se paró en seco y dejó ver con claridad la frase que me dedicaba ese saco mágico: “Ojos únicos que ven el color de fresa”.

Al darme la vuelta para preguntar al niño por el significado de la frase descubrí que había desaparecido. Me había quedado sola en la biblioteca, estaba desconcertada, paralizada. Me preguntaba si todo había sido fruto de mi imaginación. Obtuve la respuesta cuando miré mis manos y la bolsa seguía ahí, pero en su interior no había nada. Era una bolsa vulgar de terciopelo.

Instintivamente miré hacia arriba en el estante donde se encontraba la casa del niño. Entre tanto libro amontonado me costó nuevamente reconocerlo. Sin embargo, al verlo advertí que era especial, me pareció el más bonito de la biblioteca. Seguía estando raído, seguía siendo aparentemente desgastado y viejo, pero era único.

Miré mi reloj y daban las siete de la tarde, eso quería decir que llevaba ahí más de nueve horas y sin embargo pensaba que acababa de llegar. Esta ya de noche y fuera las vidrieras estaban empañadas.

Había llegado la hora de marcharme, la bibliotecaria no estaba y eso me causaba una sensación peculiar. Ella siempre había sido la guardiana de mi lugar favorito y en ese momento la eché de menos. Recogí mis bártulos y me dirigí a la salida. Al no haber nadie me sentí en la obligación de apagar la luz.

Fue entonces cuando un destello me hizo girarme y ahí en lo alto resplandecía la casa de mi amigo, de repente solo había un único libro en la biblioteca que era él. En el canto del libro deslumbraba la frase que momentos antes aquel pequeñajo me había regalado. Sonreí por dentro y en ese momento me sentí la mujer más afortunada por haber dado título a un libro como aquel.

Al salir del edificio, me di de frente con una mujer de pelo blanco. Cuando iba a disculparme reconocí a la bibliotecaria. Algo en sus ojos había cambiado, quizás era la forma de mirarme. Nos quedamos unos minutos observándonos ya que en ese momento no hacían falta palabras.

Finalmente, me dijo "bienvenida" y me ofreció una de sus singulares piruletas de fresa.

ESPERANDO AL TREN

Lucie CHAUSSERAY. SIE Toulouse

Segundo premio

—¿Es pintor, señor? Los dibujos que veo en su regazo son preciosos.

—Solo se trata de los garabatos de un pobre viejo.

El pobre viejo avergonzado apartó sus bocetos. El joven sonrió, y declaró:

—A mí me gustaría garabatear así, señor.

—¿Qué hace un muchacho tan amable como tú en este andén sin interés?

—Esperando al tren que me llevará a mi casa, señor. Vine hace un año para hallar la paz y la fortuna, pero solo encontré el calor y la arena. Planeaba vivir lejos de la ciudad y del ruido cultivando la tierra como mi padre, mis abuelos y mis antepasados, pero esta región es demasiado árida, nada puede brotar, nada, a pesar de toda mi voluntad. Cada día me hincó sobre la tierra infértil, esperando que se asome un brote minúsculo, un signo ínfimo de mi éxito. Cada día, mientras estoy trabajando, pienso en mi familia, mis amigos, mi novia Renata, mi vida que está hecha trizas. He perdido el tiempo en vano, y me voy para volver a ver la ciudad, para abrazar a mi familia y a mis amigos, para casarme con Renata, para hacerme comerciante ya que no he podido ser agricultor. Aunque estoy un poco decepcionado, me alegro con volver por fin.

El muchacho sonreía: por fin había podido relatar su historia a alguien que no fuera de viento o de arena. El viejo suspiró suavemente, su boca desdentada sonriendo con recato. ¡Qué asombrosa era la juventud!

52

Siempre mantenía la esperanza. Él la había perdido desde hacía mucho tiempo. Se quedaron uno al lado del otro, así, sin hablar, durante largos minutos. Un ave aulló lejos en el cielo.

—¿Y usted? ¿Qué está haciendo aquí? preguntó finalmente el muchacho.

—No es asunto tuyo, hijo.

El joven no insistió más. Estaban solos en el andén, mientras el viento agitaba la arena del desierto con su soplo sofocante. El anciano parecía turbado, acosado por los mil demonios invisibles que lo habitaban.

Finalmente rompió el silencio, preguntando con su voz fugaz, frágil, cansada:

—¿Puedo contarte algo? Hace mucho tiempo que no hablo con un extranjero, menos aún con un joven.

—Claro que sí, señor, como usted quiera.

El chaval era de buena índole y más aún, estaba de buen humor, dispuesto a escuchar el relato de un anciano algo chocho. Entonces el viejo miró hacia el horizonte, al vacío, rescatando sus recuerdos del estanque de su memoria. Recuperó la calma, inspiró profundamente el aire seco y bochornoso del desierto del fin del mundo, y relató:

—Cada día me siento aquí a esperar el tren, dibujando lo que veo: los escasos transeúntes, el sol encima de la arena, o la serpiente de hierro pintada llena de viajeros. Cada día, quiero montarme en el tren y dejar este lugar olvidado en el que vivo desde hace más de medio siglo. Cuanto más tiempo transcurre, más tengo ganas de huir. Pero sé que es demasiado tarde. Ya estoy viejo: mira mis arrugas, mis piernas demacradas, mis brazos raquíticos, la sombra en mis ojos. En este pueblo murió mi mujer hace veintitrés años, cinco meses y catorce días. Desde entonces, mi vida se ha vuelto insoportable. El desaliento me está comiendo por dentro,

poco a poco. No puedo aguantar más. No me voy, pero me parto en dos. Por una parte, quiero ser fiel a la tierra en la que fui feliz con mi mujer, pero, por otra parte, quiero dejar el lugar en el que falleció, para que no sea también mi ataúd. De viejo entenderás lo que te estoy explicando. Cuando llegué aquí, era igual que tú: joven, trabajador, lleno de esperanzas e ideales. Pero el desánimo me ha vaciado, se ha llevado todo, hasta mis sueños, mientras la muerte de Remedios, mi querida mujer, me ha llenado de desamparo.

Vete, corre, huye, a disfrutar de tu juventud antes de que la vejez te devore.»

A lo largo de su discurso, la voz del anciano le pareció al muchacho más penetrante, honda, convincente y convencida, como si estuviera rejuveneciendo. Pero eso debió ser una ilusión, porque tras su monólogo, el viudo se debilitó, se acurrucó. El peso de su dolor era intolerable para sus hombros demasiado flacos. El joven, benévolo y lleno de piedad, se acercó a él, le tendió la mano y le dijo:

—Venga conmigo. Nunca es demasiado tarde. La felicidad es como la fortuna: sonríe a los más valientes.

Pero el anciano no tuvo tiempo para contestarle, ya que el tren irrumpió, envolviendo a los dos hombres con su humo níveo y ensordecidos por su pitido estremecedor. Cuando el vapor del ferrocarril se hubo desvanecido, el joven giró hacia el viejo para oír su respuesta. Pero se había esfumado en la niebla.

El tren estaba vacío. Eso era normal, puesto que solía cruzar tierras de nadie donde sólo vivían espíritus.



FLORES DE PRIMAVERA

Lucía HERNÁNDEZ MARTÍNEZ. SIE Burdeos

Tercer premio

Las ocho en punto. Un hombre se levanta de su silla y guarda sus carpetas en el cajón de su escritorio, ni se despide de sus compañeros “Qué mal educado que es” dijo una de sus compañeras, ya que nunca se despedía ni saludaba, solo anda con prisa hacia la puerta de salida de la oficina donde trabaja. Una vez fuera, desata su bicicleta, se pone sus auriculares y desaparece del parking donde aparca su bicicleta todas las mañanas.

Las ocho y veintidós minutos. En una farola, delante de una tiendecita de antigüedades perdida en una callejuela de Madrid, está atada la bicicleta de ese mismo hombre que entra en la pequeña tienda sin saludar. Platos, tazas, armarios, sillas, había de todo, pero lo que a él le interesaba eran los cuadros, y, sobre todo, los cuadros de flores. Aunque no lo pareciera, este señor es un gran apasionado del arte. Flores de Primavera, así se llama el cuadro del que se enamoró esa tarde-noche. El fondo era blanco, clásico, y las flores eran de todos los colores y de todas las formas. Ciento cincuenta euros. Sin pensárselo, se dirigió hacia la caja y lo compró. Apenas salía de la tienda que ya estaba pensando en qué lugar de su casa iba a colocar su última compra. Lo puso en la cajita que había incorporado a su bicicleta y se fue hacia su casa silbando con alegría.

54 Las ocho y cuarenta y seis minutos. La bicicleta aparcada y el cuadro bajo el brazo, nuestro personaje principal se dirige hacia la puerta de su pequeña casa. Abre la puerta y enciende la luz del salón. Hay tantos cuadros en la pared que ni siquiera se ve el color. Todos de colores diferentes, con formas diferentes, representaciones diferentes, pero todos tienen un punto común: Flores. No hay ningún cuadro donde no esté pintada una flor. Se dirige entonces hacia su habitación, llena igualmente de cuadros florales. Decide colocar su nuevo cuadro, Flores de Primavera, encima de su gran espejo que se sitúa en frente de su cama. Se subió encima de una silla, lo estaba colgando cuando de repente cae de él un papelito plegado en cuatro. Al principio no le prestó mucha atención. “Será el ticket” pensó el hombre. Una vez el cuadro colocado, bajó de la silla en la que se había subido para colgarlo con más facilidad y recogió el papelito del suelo “El rastro de Madrid, 20/02 a las 10h30, puesto nº8”, eso ponía en ese trozo de papel.

“Debe ser una estafa”, dijo el hombre tirando el papel a la basura.

Durante varios días estuvo pensando en ese papelito, cuando se levantaba, en el trabajo, cuando comía y hasta cuando iba de tienda en tienda buscando nuevos cuadros. El domingo veinte de febrero se acercaba poco a poco y cuanto más se acercaba, más pensaba el protagonista en ese día. “¿Y por qué no iría?” se preguntaba el hombre. “¡Voy a ir, si es una estafa, denunciaré a la tienda!”

Veinte de febrero, diez y media de la mañana, El Rastro de Madrid. “Puesto número ocho” se repetía el protagonista mirando los números de los puestos. “Ahí está”. Una vez delante del puesto, miró lo que pudiera llamar su atención, pero nada. Cuando se iba a ir, mirando por última vez lo que había en el puesto, percibió un libro que hablaba de todo tipo de flores. Compró el libro. Volvió entonces a su casa, contento por el libro, pero igualmente decepcionado de no haber encontrado nada.

Una vez en su casa, se puso a leer el libro y a admirar las bonitas fotos de flores que contenía. Había una parte entera dedicada a los tulipanes, eran sus flores favoritas, en la primera página de los tulipanes, se encontró con otro papelito. El hombre tenía miedo de abrir el segundo papel porque la persona que dejaba estos papelitos había conocido, y eso le daba mucho miedo, hacía más de quince años que no había hablado con nadie de su pasión por el arte y las flores.

Dos días después, se decidió a leer el segundo papelito. “Café Tulipán, 26/02, 21h00”

El “Café Tulipán” era el café favorito del protagonista, y empezaba de verdad a preocuparse de qué tipo de persona le escribía esos papeles. Quizás lo espían y lo seguían después del trabajo, eso es lo que primero pensó el hombre.

Café Tulipán, veintiséis de febrero, ocho y cincuenta y tres. El hombre se pidió un café, y a las nueve en punto, una señora de unos cincuenta años le trajo su café y en la misma bandeja venía un pequeño papel, igualito que los otros dos. Se levantó enseguida para intentar obtener información de la parte de la señora, pero ya había desaparecido. Se bebió el café de un trago, se metió el papelito en el bolsillo de su pantalón, desató su bicicleta de delante del café, y se fue lo más rápidamente posible hacia su casa para leer el misterioso trozo papel.

Una vez en su casa, se sentó en su cama, y antes de abrir el papel respiró varias veces para relajarse: “Patio de los Leones, Alhambra, Granada, 15/03, 23h00. Por fin sabrás quién es la persona que se esconde detrás de todos estos papelitos.”. El hombre volvió a leer el papel varias veces para asegurarse de que lo había leído bien “¿Granada?”. Nuestro protagonista no entendía por qué Granada, por qué la Alhambra, por qué tan lejos, quién podía ser esa persona, igual es una trampa y la persona detrás de todo esto es alguien mal intencionado... Muchas preguntas se acumulaban en la cabeza de este hombre que no sabía qué hacer.

El protagonista no durmió durante casi cinco días, pasando sus noches después del trabajo en intentar encontrar en internet alguna información sobre lo que le estaba pasando, pero nada, no encontró nada.

Por fin, el hombre decidió cogerse una semana de vacaciones para ir a Granada y para poder estar el quince de marzo a las once de la noche en el Jardín de los Leones de la Alhambra para encontrarse con la persona detrás de toda esta historia.

Granada, quince de marzo, nueve en punto de la noche. Nuestro protagonista, estaba pensando qué ponerse, porque, aunque no sabía con qué tipo de persona se iba a encontrar, tenía ganas de ir bien vestido.

Granada, Alhambra, Parque de los Leones, quince de marzo, diez y cincuenta de la noche. El hombre llegó con diez minutos de adelanto. Miraba la hora casi todos los minutos y no paraba de andar para calmar el estrés. “Once en punto” dijo el hombre en voz alta, la persona no iba a tardar en llegar. A lo lejos vio una sombra acercándose poco a poco.

“Hola, Pablo”. Pablo se quedó con la boca abierta. Delante de él, la persona que escribía todos esos papelitos resultaba ser su primer amor que desapareció hacía quince años.

En sus manos, sujetaba un bonito ramo de tulipanes. “No sé si te acuerdas, dijo la señora, pero en este lugar hace veinte años, a esta misma hora, te declaraste a mí con un ramo de tulipanes, así que veinte años después, lo hago yo.”

Pablo desde ese día, volvió a ser feliz y disfrutó de la vida con la mujer que siempre había amado.

TRABAJOS PREMIADOS
EN LA MODALIDAD DE RELATO.
ALUMNADO DE CENTROS DE
TITULARIDAD Y SECCIONES
INTERNACIONALES ESPAÑOLAS.
16 A 18 AÑOS

UN PASEO MARÍTIMO

Laian PARRALEJO. SIE Lyon

Primer premio

Era una noche particularmente apacible, un miércoles en pleno mes de diciembre, cercano a las fiestas de fin de año, lo que se percibía debido a la atmósfera agradable que carecía del estrés cotidiano. Las familias paseaban sin ningún tipo de preocupación y los niños corrían indomables por las aceras de las grandes avenidas. Las decoraciones navideñas no hacían más que embellecer las calles, iluminándolas del espíritu fantástico que suponen estas fechas.

Un sentimiento mágico capaz de inspirar y amenizar hasta los corazones más afligidos.

Los puestos se multiplicaban a cada lado del paseo marítimo y las ofertas atiborraban las vitrinas de las tiendas y los escaparates exponían maniqués cubiertos por las últimas tendencias. Las terrazas desprendían un fuerte clamor, en el que se mezclaban las palabras de unos, con los chistes de otros y las anécdotas de otras, favorecido por la temperatura idónea que pese a estar de lleno en el mes de diciembre, se respiraba como en una de esas noches primaverales, sin viento, pudiendo trasnochar indefinidamente mecido por la quietud de la noche y su grandiosa manta de estrellas deslumbrante. Según subías, bajabas, cruzabas las calles, el olor fantástico desprendido por los bares y restaurantes, se mezclaba maravillosamente con la fragancia liberada por los puestos de churros.

58 Paseaba, con las piernas ligeras, dejándose guiar por su instinto que conocía la ciudad como la palma de su mano, la misma ciudad en la cual deambulaba desde pequeño durante cada una de sus largas vacaciones.

Como un vagabundo, andaba, recorría las callejuelas, bifurcando en las grandes avenidas de las cuales admiraba de arriba a abajo los inmuebles que exponían su arquitectura detallada y esmerada, que seguía pese a los años tan bien cuidada. Le encantaba ese paisaje urbano. Las farolas redondas, alineadas de cada lado de las anchas aceras, estas mismas separadas por dos carreteras, acentuando el sentimiento de libertad y alivio que se sentía al recorrer estas grandes calles, en el que en algunos momentos se sentía como el rey del mundo. Las farolas proyectaban una nítida luz clara, un brillo casi igual de blanco que las baldosas que cubrían el suelo. El conjunto de todos estos elementos dominaba a través de su mirada como una explosión cegadora y asombrosa, con la que se sentía andar en un inmenso palacio.

Apreciaba sus pasos sobre la calzada vuelta grisácea por el paso del tiempo, que seguía conservando un toque blanquecino y que contrastaba estupendamente con sus botas negras.

Nada le preocupaba, auriculares puestos, las melodías divergentes corrían por sus orejas y encantaban su alma, no podía impedir que se le dibujase una ligera y casi imperceptible sonrisa cuando recordaba el cuadro en el cual se encontraba. El mar a pocos metros, la playa, las estrellas atomizadas en el cielo, la brisa marina, y algún que otro paseante costero, igual de fanático que él de ese paisaje, que andaba plácidamente.

Tarareaba parte de la letra de las canciones y sentía simultáneamente despertar en él un sentimiento que emanaba y dominaba cada uno de sus pensamientos por su sinceridad y autenticidad. Esa profunda sensación reflejaba un nombre, una

cara, que no podía parar de imaginar. No le importaba, apreciaba ese sentimiento, le agradaba pensar en ella en esos momentos tan plácidos, en los que la quietud y el júbilo podían definir el estado de su ser.

Ese pensamiento particular añadía un toque de deleite y regocijo que carecía su espíritu. Aunque la conocía desde hace poco, lo que le atemorizaba, el alborozo era tan fuerte que no se detenía ni unos minutos en ese detalle que frenaba su exaltación.

Sus piernas encauzaban su cuerpo, se dejaba llevar por su imaginación que no dejaba de dibujar esa entidad que ocupaba su corazón. Estaba ebrio de versos, palabras, rimas, que deseaba moldear con su pluma para expresar la emoción que ardía en su interior.

La tranquilidad de esa noche concordaba en ese instante perfectamente con cada una de las sensaciones que florecían en su interior, dejando de lado cada uno de sus miedos y angustias que se evaporaban para dejar adherirse a su piel una serenidad inaudita y un bienestar indescriptible, coronado por su silueta, cuyos contornos se dibujaban en sus pensamientos a medida que seguía avanzando.

No deseaba más que una cosa: que el tiempo se eternizase, y que en ese perenne instante su ser apareciese, permitiéndole descubrir el mundo que le rodeaba a través de su mirada.

Bruscamente, fue estremecido de su fantasía, realizando al instante que sus piernas le habían traído hasta su casa, al punto de partida del hermoso viaje que acababa de vivir, dando a saber que su ensueño se había acabado.

Seguidamente, abrió la puerta de su casa y se tiró en la cama, se quedó mirando al techo, de un blanco pálido semejante al de las farolas de su paseo, cuyo recuerdo seguía retumbando al mismo ritmo que sus pensamientos que no dejaban de cruzarse en su mente. Se dejó acunar por una profunda somnolencia, los sueños de Morfeo no le dejaron olvidar ese cuerpo y ese nombre. Una leve sonrisa dominaba la quietud de su cara adormecida, que pese a haberse terminado su fantasía, la tranquilidad que emanaba su cuerpo era casi tan bella y delicada que ella.

Sabía que al cerrar los ojos iba a poder reencontrarla, seguir viéndola, dibujándola, imaginándosela a su lado en la costa de esa playa, recorriendo esas anchas avenidas bajo la luz de las farolas, cruzando cada puesto navideño y cada callejuela iluminada por la multitud de vitrinas y escaparates.

Una leve sonrisa dominaba la quietud de su cara adormecida, que pese a haberse terminado su fantasía, la tranquilidad que emanaba su cuerpo era casi tan bella y delicada que ella.

SIN TÍTULO

Lucía SAMANIEGO. SIE San Juan de Luz - Hendaya

Segundo premio

Mi padre, tal y como le conocí, fue un hombre gris de una sobriedad soporífera. En las raras ocasiones en las que le daba por hablar, sus palabras se perdían en murmullos indescifrables y su mirada se congelaba en puntos invisibles. El resto del tiempo, encadenaba cigarrillos que sujetaba entre índice y medio mientras que con la otra mano sostenía una cerveza en una copa. Viendo documentales de la 2 en el salón, fingía estar concentrado y hacía muecas de horror cuando un guepardo descuartizaba a su presa para comérsela. Él murió un otoño que recuerdo especialmente lluvioso, fueron meses de lluvias interminables. Yo tenía 12 años. Nunca estuvo en buena forma. Según mi madre, su cuerpo no podía aguantar más tiempo los medicamentos agresivos que se autosuministraba. Eso, y que sus entrañas se habían convertido en un montón de escombros. Poco a poco, sus órganos se rendían y como un edificio en ruinas, un día todo se derrumbó. De hecho, aquel hombre de casi dos metros de estatura acabó reducido a cenizas, como si de un rascacielos demolido se tratase.

60 Nunca supe mucho sobre él. Él no tenía interés en contar batallitas, sabía que, cuando tenía ocho o nueve años, su madre dio a luz a su segundo hijo y este murió de una pulmonía cuando contaba año y medio. Creo que por eso mi abuela es ahora una mujer tan arisca y desagradable o de carácter “difícil”, como diría él. Ella es una persona insufrible, en realidad. Sabe que su lengua afilada corta como si una serpiente te clavase sus colmillos venenosos y no tiene remordimiento alguno por ello, peor aún, alza la cabeza con orgullo y no puede evitar levantar las comisuras de sus labios cada vez que suelta uno de esos cuchillitos esa boca suya. Siempre que pienso en ella se me aparece con esa expresión burlona absolutamente repugnante que se me antoja parecida a la cara de una hiena.

El de aquel año fue el verano más caluroso desde los últimos 50 años. Todo el mundo se encerraba en casa, atrincherados frente a los ventiladores. En la televisión se comentaba una y otra vez la subida de las temperaturas. Que seguirían aumentando en agosto, que los expertos recomendaban no salir entre las 14.00 y las 18.00 h, que si tantos litros de agua al día, que si cambio climático... Fue el verano que mi abuela enfermó. Yo tenía 21 años, y cursaba el tercer año de carrera. Ante la incredulidad de lo que quedaba de la familia, pues suponíamos que aquella mujer sería eterna, una mala hierba, la ingresaron. Problemas de corazón. Qué gracia, pensé, se le habrá acabado por pudrir.

Era viuda, ya no tenía hijos y su única hermana se había desentendido totalmente de ella hacía tiempo. Sólo tenía una nieta. Mi madre ya no mantenía ningún contacto con ella desde lo de mi padre, pero supongo que sentiría pena por esa mujer tan sola en lo que sería su último mes de vida, aunque no la suficiente como para ir ella misma a visitarla, así que me mandó a mí. Acepté tras mucha insistencia por su parte y muchos reproches morales “eres todo lo que le queda”, me decía.

Mi compromiso inicial fue visitarla durante cuatro horas todos los días durante una semana. De 14.00 a 18.00 h. le leía libros para que no tuviese que cansarse la vista, comía con ella y me iba. Ese era el plan inicial, pasar esas cuatro horas en la habitación de hospital, con las persianas bajadas para tratar de escapar del sol abrasador y con el rugido constante del ventilador averiado. Sin embargo, desde

el primer día, nada fue como lo había imaginado. Ella no era la misma, no podía serlo. Estaba inmóvil en aquella cama de hospital, vestida con una bata de tela blanca finísima y con la cara tan pálida y delgada que costaba reconocerla. Parecía diminuta y frágil, nada comparable a su habitual imagen, con tacones y abrigos de visón, collares de perlas y un rostro dibujado con pinturas que le hacían los labios más grandes, los ojos más despiertos, lista para atacar. No leímos un solo libro. Se empeñaba en hablar y hablar sin parar y sus temas más recurrentes eran sus dos hijos fallecidos. Yo, que apenas recordaba a mi padre, no podía evitar querer saber más a toda costa y la escuchaba con todos mis sentidos alerta, como si sus palabras se fuesen a escapar corriendo y yo las tuviese que cazar. Me contó que mi padre solía ser un hombre carismático, dijo que cuando era joven estuvo en una banda, tocaba el bajo, me habló de la vez que viajaron a Sudáfrica y lo mucho que le asustaban a mi padre los animales que veían. Volví a visitarla todas las semanas durante un mes.

Empezó a hablar de su segundo hijo. Dijo que después de su muerte no pudo tener más, le aterrorizaba la idea de volver a perderlo. Mi padre se convirtió en la proyección de todos esos miedos y mi abuela lo protegió asfixiándole con su presencia, “todo para que él no se me fuera”. Comprendí su forma de actuar, no lo creía posible, pero sentía cierta simpatía hacia ella.

El viernes de la cuarta semana comenzamos, como siempre, hablando de anécdotas sin mucha importancia que ya se empezaban a repetir. Mi abuela iba de mal en peor y no le daban más de setenta y dos horas de vida. Tras lidiar con la comida que le traían en bandeja las enfermeras, se quedó callada unos 10 minutos. “Si me muero ahora, hija, que sepas que es porque no he podido elegir hacerlo antes”, rompió el silencio.

—Qué cosas dices- respondí sin darle más importancia.

—Tengo una última historia para ti, pero quiero que sea la última. Después, no volverás.

—¿Por qué?

—No querrás volver.

Empezó un monólogo tan fluido que parecía que leía un discurso escrito en un papel. Me contó que mi padre nunca supo superar la muerte de su hermano y que cuando yo nací, todo empeoró. El hecho de oír llorar a un bebé le llevaba a aquella época y desde entonces, nunca pudo sentir nada más que rechazo al verme. Su salud física era peor de lo que yo sabía, había heredado una enfermedad congénita de mi abuelo que le imposibilitaba llevar una vida normal. Los médicos no le dieron esperanzas de sobrevivir más allá de los 45 años. Ella no se podía permitir perderlo, nada la asustaba más, pero era inevitable. Una tarde, preparó una sopa en nuestra casa cuando estaban solos los dos. Mi madre trabajaba y yo estaba en el colegio. En la sopa, vertió un veneno mortal. Pretendía morir con él, a su lado, así nunca más se le escaparía. Pero me dijo que no fue capaz de tragar la sopa, no era capaz de llevarse su propia vida. De esa manera murió mi padre.

Salí del hospital y no volví nunca más. Mi abuela murió, según me informaron, de un paro cardíaco el día siguiente. Mandé enterrar su cuerpo con un abrigo de visón y con tacones de piel de serpiente. Ahí quedó, como un extraño animal salvaje hecho por un taxidermista.

MIENTRAS DORMIMOS

Illena MACHUCA ROMERO. SIE Lille

Tercer premio

62

Tras la muerte de mi misteriosa abuela, sí, misteriosa y pavorosa; mi madre heredó su enorme y terroríficamente hermosa mansión, perdida en un pueblo de esos donde encuentras más iglesias que lugareños. Nunca supe la razón por la cual siempre me sentí agobiada en su presencia, constantemente con esa fría sensación de que ocultaba algo. Eran raras las veces que íbamos a verla, a mi madre tampoco le agradaba su comportamiento. Un día las escuché discutiendo, mi madre le reprochaba algo del pasado, pero nunca supe de qué se trataba, ya que a ella no le gustaba hablar de ese tema. Las pocas veces que la vi, tenía siempre en su poder un viejo diario marrón oscuro, con las hojas de un amarillo podrido, me atrevería a decir que estaban llenas de hongos. De alguna manera ese horripilante diario era muy importante para ella, siempre me provocó escalofríos, pero a la vez una cierta intriga de saber lo que esa anciana escribía en él. Tras heredar su escalofriante mansión perdida en medio de la nada, mi madre y yo fuimos a ordenarla, cortar la hierba y ocuparnos del huerto. Al llegar sentí nuevamente ese escalofrío que me solía provocar la presencia de mi abuela, aun así, después de su muerte es como si sintiera todavía su fría presencia, su maquiavélica sonrisa y esa fija mirada que me ponía los pelos de punta. Entramos en su recámara, es a la vez hermosa y escalofriante, no sé realmente como explicar el contraste que representa, es como si esa belleza y buena organización no me inspirara confianza, así como ella por cierto nada de lo que hacía o tocaba me inspiraba confianza. Mientras tanto mi madre desde adentro de la recámara me dice: - ¿Luna, cariño, vas a entrar a ayudarme a guardar las cosas de tu abuela o te quedarás en la puerta toda la tarde? Desconecto inmediatamente de todos mis pensamientos y sin decir una palabra entro a la habitación y me pongo a guardar todas sus cosas en un bolso. Al llenar tres bolsos mi madre me pide que los lleve al ático mientras que ella iba a cortar las hierbas malas del huerto, la verdad no me sentía muy serena para hacerlo, pero me llené de valentía y subí. Una vez en ático, me di cuenta de que ya estaba lleno de pertenencias de mi abuela, supongo que mi madre habrá pasado antes para dejarlas aquí. Me detuve un instante mirando todo el lugar y fue inevitable reconocer ese diario, el diario de mi abuela. Al verlo sentí nuevamente esa desagradable presencia que desequilibra mis sentidos, solo quería saber lo que escribía esa vieja loca. Me acerco dudosamente, estiro el brazo para alcanzarlo cuando de repente mi piel se estremece al entrar en contacto con una rata que pasó entre mis piernas. Cerré los ojos, respiré profundo y solo repetía constantemente en mi cabeza “solo es una rata”. Avancé nuevamente y agarré el diario, tomé una larga respiración y lo abrí. Las hojas amarillas por los hongos estaban llenas de especies de dibujos terroríficos, monstruos y sombras acompañadas de notas y textos con títulos extraños como “La máscara”, “El pozo”, “El huerto” entre otros. La primera página se titulaba “Mientras dormimos” y decía lo siguiente:

Se dice que en los sueños tenemos el control de todo lo que pasa, pero en las pesadillas... en las pesadillas estamos completamente sometidos, éstas tienen el completo control sobre nuestros miedos más ocultos, nuestros pensamientos, nos encontramos indefensos a merced de todas esas criaturas que se aprovechan de nuestra incapacidad para penetrar en nuestra mente, tomar control de ella y llevar-

nos a un mundo en el que ni tu ni yo tenemos voz ni voto. Muchos piensan que las pesadillas son procesos del cerebro, pero se equivocan, ellas están más cerca de lo que pensamos, nos vigilan y si ponemos atención podemos escuchar esas sombras murmurar, sentir su presencia, yo las he sentido. Cuando intento dormir siento que caigo por un vacío, siento sus garras frías jalándome hacia un mundo donde reinan mis miedos, siento sus cuerpos fétidos y descompuestos con ese olor azufre tocar la totalidad de mi cuerpo exhalando su aliento frío en mi rostro, yo lo vi, lo sentí, esas criaturas viven en mí...”

De repente escucho un susurro y me detengo de inmediato. Tenía los pelos de punta, las piernas temblando al compás de los latidos de mi corazón. La angustia consumía todos mis sentidos y no me dejaba razonar. Esos escritos de mi abuela, me hicieron entrar en pánico, me aterrorizaba imaginarla. De pronto escuché a lo lejos una voz una voz que susurraba “el diario” y apenas tres segundos después, el diario maléfico de mi abuela se cerró violentamente y se lanzó hacia la pared dejando caer todas sus hojas haciendo visibles todos los textos y dibujos de criaturas oscuras. De la nada esa voz, ese susurro lejano y a la vez tan cercano, tan dentro de mí dice “los platos” y en el instante escucho un ruido que viene de la cocina, eran los platos que recién sacamos para guardarlos. En ese instante perdí completamente la sangre fría, aunque intentaba decirme constantemente en mi cabeza “no es real, no es real” pero esa voz, esa maldita voz penetró completamente en mi mente, pero esta vez diciéndome “el huerto”. Estaba aterrorizada, pero todo empeoró cuando recordé que mi madre se encontraba en el huerto. El corazón quería salir de mi cuerpo, mi mente en blanco, mi cuerpo inmóvil. No supe qué hacer. Esa voz me transportó a un mundo oscuro donde mi razón no tenía ni voz ni voto. Esas criaturas de las que mi abuela hablaba en su diario se habían apoderado de mi cuerpo tomando el control de mente y alma. De la nada escucho un ruido a lo lejos, no sabía que era me sentía que me llamaba. El ruido se iba volviendo cada vez más cercano “Trin trin trin” suena la alarma de mi celular. Me despierto de un salto empapada en sudor.

